

MEMORIAS. CUARTO TRAMO

Abandoné entonces la ingeniería, de modo que no quedaban sino el derecho o la medicina. Como cualquier mortal, yo tenía cierta idea de lo que era y hacía un médico; pero era bastante vaga la relativa a los abogados. Excepto que abundaban, apenas sabía yo que con el nombre de “bufete” mantenían oficinas abiertas al público, y que se dedicaban en beneficio de sus clientes a desenredar lo enredado o enredar más lo que ya estaba enredado. Esa era, en suma, la situación: ya había comprobado mi incapacidad de ser siquiera topógrafo; de antemano estaba persuadido de que jamás podría ser médico; en cambio, parecía remoto, pero no del todo imposible, llegar a abogado. Ni por la cabeza me pasó la posibilidad de ir a la Escuela de Altos Estudios para dedicarme a alguna de las humanidades. La verdad es que la enseñanza de las letras estuvo siempre desorganizada, que la historia vivía al ras del suelo y que la filosofía era Antonio Caso. De hecho, Caso era el único profesor en la Universidad entera, es decir, el ser solitario cuya vida toda estaba fincada en la enseñanza. Por eso, al año siguiente de ese 1918 del que hablo ahora, asistí con enorme curiosidad al Paraninfo para presenciar la ceremonia en que el engolado rector José Natividad Macías entregó diplomas, toga y birrete a los tres primeros graduados de maestros en filosofía: Palma Guillén, Vicente Lombardo Toledano y Alfonso Caso. Pero aparte de que esta posibilidad surgió después del momento en que yo debía optar por algún camino, hubiera persistido el problema, entonces insoluble, de qué viviría un infeliz profesor de filosofía, pues Antonio Caso apenas era la excepción confirmatoria de la regla.

Se ve que circunstancias ajenas a mi voluntad determinaron mi ingreso en la Escuela de Derecho; por eso resulta curioso que

en ella cambiara mi vida de un modo decidido, y también a causa de meras contingencias. Primero, todavía no me explico por qué, al mes de estar en la Escuela, mis compañeros me eligieron su representante en la mesa directiva de la Sociedad de Alumnos. Segundo, el del año quinto y último, y presidente de la Sociedad, era Manuel Gómez Morín, y el secretario, Narciso Bassols, de tercero. En fin, Miguel Palacios Macedo, también de este año, figuraba como presidente de la Federación de Estudiantes del Distrito Federal. A través de Manuel me puse en contacto con los famosos Siete Sabios, y con ellos, pronto llegué a Antonio Caso, su maestro venerado. Con el trato de Bassols y de Palacios, me asomé a la “política estudiantil”, de cuya existencia misma no me había enterado siquiera, y a la que entré inducido por Miguel.

No traté de hacer amistad con los Siete, pero sí con cinco de los Sabios: el propio Manuel, Vicente Lombardo Toledano, Alberto Vázquez del Mercado, Alfonso Caso y Teófilo Olea y Leyva. Después siguieron rumbos distintos, y algunos de ellos pelearon entre sí al grado de no cruzar palabra o saludarse siquiera aun estando presente un extraño a sus querellas; pero entonces eran y se sentían compañeros y amigos, y por eso formaban un grupo, una verdadera falange. Los unía desde luego una visión muchísimo más amplia de la que tenía el estudiante ordinario, porque sentían la necesidad de adquirir, más que el saber profesional, una buena cultura, lo cual suponía incursionar seriamente por los campos de la filosofía, de la historia y de las letras. Después, porque jóvenes ya de diecinueve años, presintieron desde 1915 que surgía ante sus ojos un México nuevo, en cuya forja podían y debían participar. Por añadidura, se consideraban, a más de inteligentes y cultos, dotados de sentimientos generosos y de ideas generales que les permitirían entender mejor los problemas nacionales y ayudar a resolverlos. En fin, advirtieron el gran vacío intelectual que exhibía el grupo revolucionario victorioso, y creyeron poderlo llenar en beneficio del país.

Semejantes lazos de unión eran en aquellos tiempos mucho más fuertes que los rasgos distintivos, y eso a pesar de que a esas

alturas cada uno tenía una personalidad bien hecha. Manuel Gómez Morín parecía el más equilibrado y de mayor simpatía. Un indio bien plantado y guapo, siempre lo recibía a uno con una sonrisa, que dejaba ver una dentadura regular y blanca; pero lo que provocaba mayor simpatía era que en cuanto se le presentaba una queja o un problema, comenzaba a mover la cabeza de un lado a otro, clara señal para el interlocutor de que Manuel, además de apreciar la queja o de entender el problema, compartía con uno la molestia o el dolor propios. Esa simpatía que creaba se extendió a cosas curiosas, digamos su fama de ser “un buen hijo”. Manuel fue hijo único, y la madre había enviudado desde hacía tiempo; parecía natural entonces que los lazos afectivos que los unían fueran mayores. Pero no se fundaba en eso la fama, sino en que sostenía a la madre, cuando más de un compañero suyo mantenía, digamos, a la suya y a dos o tres hermanos. Y no dejaba Manuel de cultivar, quizá involuntariamente, esa reputación, porque solía despedirse con brusquedad de sus amigos o interrumpir una reunión de la Sociedad alegando haber dejado sola a su madre demasiado tiempo. Y a esa explicación seguía el paso veloz con que abandonaba la Escuela. Vicente Lombardo dio alguna vez su versión de aquellas estampidas: Manuel corre a su casa, no para estar más tiempo con la madre, sino porque cree que vale la pena correr para comenzar a descansar más pronto.

Quizá pudiera ponerse en el otro extremo a Alberto Vázquez del Mercado porque se le tenía como hombre áspero; al mismo tiempo, como el más decidido. Alberto había echado raíces en la cultura antes que los demás, sobre todo en las letras, pues trabó amistad con Pedro Henríquez Ureña desde El Ateneo de la Juventud, siguió sus enseñanzas y más tarde preparó alguna de las ediciones de la casa “Cultura”. Cosa curiosa, sin embargo, es que antes también que los demás se dedicara a estudiar el derecho a fondo, de modo de llegar a ser todo un jurista. Asimismo, se metió antes que todos a la política y a la administración pública. Teófilo Olea y Leyva era un alma de Dios, y desde luego nunca reclamó ser sabio. Reconocía y le agradaba formar

parte del grupo, pero consideraba este hecho como fruto de una simple coincidencia temporal. Vicente Lombardo Toledano resultó el más inquieto o móvil, como lo revelaba su conversación de saltarín salpicada de chistes ingeniosos, si bien siempre “para abajo”, según los llamaba Pedro Henríquez Ureña, o sea, chistes que tendían a rebajar la estatura de un personaje o la importancia de un hecho. De una cosa presumía Vicente: ser hombre de campo, lo cual quería decir capaz de apreciar la hermosura de la naturaleza y de entender al hombre común y corriente. Fundaba su pretensión en ser la suya la tercera generación de pueblerinos, pues su padre y su abuelo lo habían sido antes. Estaba, además, su afición a la caza, heredada de su padre, un fanático de este deporte. Y también señalaba sus aficiones arqueológicas, ya que en su casa exhibía una buena colección de estatuillas y figuras antiguas. En aquellos tiempos Alfonso Caso no era arqueólogo, y cuando resolvió serlo, no faltó quien comentara que había saqueado a su fraternal amigo Lombardo, ya que además de llevarse sus muestras arqueológicas, había acarreado con María, hermana de Vicente. El interés mayor de Alfonso era entonces la filosofía, inclinación impuesta, desde luego, por el prestigio de su hermano Antonio; pero como siempre le molestó vivir bajo esa sombra, estudiaba las aplicaciones de la filosofía del derecho. Alfonso era también ingenioso, sólo que sus bromas jugaban por lo general con la paradoja, es decir, ridiculizar la pretensión de poseer dos prendas irreconciliables, como la inteligencia y la fanfarronería, la audacia y la reflexión.

A Bassols lo veía yo con más frecuencia en la Sociedad de Alumnos, que a Palacios Macedo, a pesar de lo cual mi contacto con éste fue más estrecho. Miguel tenía más de un rasgo distintivo de los que parecían carecer los Sabios. Confiaba no tanto en su talento, que sin duda tenía, como en la disciplina y la previsión. No era hombre espontáneo; al contrario, daba la impresión de estar siempre en guardia. Tampoco platicaba mucho, y cuando lo hacía, pronto brotaba un tonillo irónico que producía desconfianza o malestar. Sin duda fueron esas características las

que condujeron a un temprano malentendimiento entre él y Bassols, porque éste también tenía lo suyo. Se proponía ser cordial y aun caluroso en su sonrisa y en sus apretones de manos, pero con poco éxito. Aparte de usar también una ironía punzante, tenía una habilidad increíble, de verdadero sofista, para descubrir las flaquezas de la argumentación o de la postura de su argumentación o de la postura de su interlocutor, convirtiendo pronto a éste en acusado y él en fiscal. Así ocurrió en una célebre polémica que tuvo en el aula Jacinto Pallares de la Escuela con el profesor de derecho romano, Herrasti. No obstante que Bassols no había cultivado ni mucho menos ese derecho, comenzó a batir a Herrasti al poco de comenzar la polémica. Sólo que aquí el desenlace no le fue favorable, pues a Herrasti, que se sentía ya vencido, se le ocurrió pedirle a Bassols permiso de interrumpirlo y hacerle una pregunta. Bassols, muy cortésmente, se lo concedió, y Herrasti le dijo: “Dígame usted, señor, ¿a usted le pusieron Narciso antes o después de nacer?” La carcajada unánime y estruendosa de los estudiantes que llenaban el salón acabó con la réplica de Bassols. No dejaba Miguel Palacios de tener una inclinación polémica, pero con una diferencia marcada: él negaba o contradecía toda la tesis de su contrario, mientras que Bassols, sin reconocer explícitamente los puntos buenos que pudiera tener una tesis, se iba derecho a los flacos, que destrozaba con encarnizamiento. Esto daba por resultado que crecía la resistencia del interlocutor a Miguel, por negar validez a todo el argumento del contrario, mientras que con Bassols flaqueaba al descubrirse sus puntos débiles.

Esos rasgos de temperamento y de carácter, pero también la “política” estudiantil llevaron a un rompimiento, que pudo ser inclusive trágico. A pesar de haber sido buenos amigos durante los dos primeros años de derecho, el distanciamiento comenzó y culminó bien pronto. En 1919 Bassols saltó de la secretaría a la presidencia de la Sociedad de Alumnos, y Miguel, a la Federación de Estudiantes. Esto necesariamente los condujo al choque, pues Bassols tendió a darle a la Sociedad una magnitud que rebasaba el recinto de la Escuela, y Palacios Macedo, por su par-

te, consideraba que siendo la Sociedad parte de la Federación, ésta debía tener alguna intervención en ella. Por si algo faltara, los líderes estudiantiles que comenzaban a destacar se pusieron en contacto con ex compañeros suyos que actuaban ya abiertamente en la política nacional, sobre todo el grupo que formó el Partido Cooperatista, y que se adueñaría del ayuntamiento de la ciudad de México. El resultado fue una tormentosa asamblea en el aula Jacinto Pallares, de la que salió un desafío formal de Bassols a Palacios, que éste aceptó condicionándolo, como desafiado, a que fuera con pistola “y a muerte”. La policía impidió el duelo, inclusive encarcelando unas horas a Miguel; pero lo asombroso es que la rivalidad llegara a esos extremos, y que en ella interviniera, digamos, Manuel Gómez Morín, que figuró como uno de los padrinos de Palacios Macedo. ¡Manuel!... que durante el año anterior me había dado la impresión de conciliador. En todo caso, la verdad es que yo no tuve mayor dificultad para entenderme con Palacios Macedo, en parte porque tomé algunas precauciones, en otra porque yo no percibí de momento el significado de esas divisiones, y también porque reconocí en seguida mi ignorancia suprema de la “política” estudiantil, de modo que Miguel encontró en mí una materia dúctil. Y esto le daba gran satisfacción, pues era patente que gozaba con la idea de formar y dirigir a sus compañeros.

Al concluir el primer año dejé de ser parte de la mesa directiva de la Sociedad de Alumnos; pero poco tiempo después Miguel me consiguió el nombramiento de jefe del Departamento de Acción Social de la Federación de Estudiantes del Distrito Federal. Las funciones de ese Departamento eran bastante vagas, y por ello amplísimas. Se suponía, por ejemplo, que debía procurar becas o empleos a los estudiantes, abogar por la reducción de los alquileres de sus cuartos, o el mejoramiento de la alimentación que recibían en las casas de asistencia. Pero asimismo se suponía que estaba obligado a desempeñar alguna labor cultural entre los estudiantes, despertar su curiosidad intelectual, inducirlos a leer buenos libros y revistas, e incluso a escribir.

La verdad de las cosas es que no debieron de ser muy brillantes mis actividades, ya que ahora apenas recuerdo tres. La primera, que pronto me lancé a publicar una revista mensual donde pretendía presentar las mayores aflicciones de los estudiantes, pero también buenas piezas literarias (!!), por ejemplo los primeros cuentos que escribí y que firmaba con el seudónimo de “Fray Angélico” y después “Dacovi”, éste formado obviamente con la primera sílaba de mi nombre y de mis dos apellidos (por cierto que muchos años después Manuel Gómez Morín me imitó al adoptar como su dirección cablegráfica la palabra un tanto ridícula de “Magorín”). La otra gestión fue de mucho más altura. Don Venustiano Carranza había sufrido en carne propia la agresividad de los gobernantes norteamericanos, encabezados por el mismísimo presidente Wilson. Entonces sacó la moraleja de que los países latinoamericanos debían unirse para resistir las frecuentes intervenciones de Estados Unidos. De allí los nombramientos que hizo como ministros de México en los principales países de América del Sur de figuras literarias tan destacadas como Amado Nervo, Enrique González Martínez, Alfonso Reyes y Rafael Cabrera. Fui a ver al presidente Carranza para decirle que si bien de esas medidas defensivas podían esperarse legítimamente algunos beneficios inmediatos, el proceso era largo y por eso se imponía para preparar el futuro. Convenía, entonces, nombrar desde luego agregados estudiantiles a esas misiones, tanto para que transmitieran a sus jefes el sentir de los medios universitarios como con la esperanza de que trabaran amistad con jóvenes que con el tiempo podían alcanzar posiciones importantes en la sociedad y en el gobierno de sus respectivos países. Para fundar esa esperanza le señalé el caso concreto, ya comprobado, de que algunos jóvenes oficiales del ejército de Panamá y de Centro América que habían venido a estudiar en nuestra Escuela Superior de Guerra llegaron inclusive a presidentes, y que guiados por recuerdos y amistades juveniles se habían declarado partidarios de las miras de México en algún conflicto con Estados Unidos. Don Venustiano aprobó la idea, y así fueron nombrados

agregados estudiantiles Luis Padilla Nervo, Carlos Pellicer, Pablo Campos Ortiz, Esteban Manzanera del Campo y José Norma. Carlos Pellicer hizo un brillante y fugaz papel en Venezuela y Colombia; Norma otro igualmente fugaz, pero oscuro en Chile. Al contrario, de ese modo iniciaron su larga carrera diplomática Padilla Nervo, que llegaría a secretario de Relaciones; Campos Ortiz a subsecretario, y Manzanera del Campo, por largos años consejero jurídico de la Secretaría.

En fin, al llegar Vasconcelos a la rectoría de la Universidad, lo visité para pedirle que se reformara el Estatuto Universitario de modo que la Federación de Estudiantes como tal tuviera un representante en el Consejo Universitario. Mi argumento principal fue que sólo la Federación podía ver los problemas estudiantiles en su conjunto, cosa que no ocurría, digamos, con el de la Escuela de Medicina, que lógica, inevitablemente apenas conocía los de su propia escuela. Extraño (según comprobaría después), Vasconcelos escuchó íntegro tan preciosos argumentos, pero al concluir yo de exponerlos, me dijo tronantemente: “Jamás convocaré al Conejo Universitario, órgano oropelesco e inútil. De manera que si usted se interesa de verdad en resolver los problemas de la Universidad, esté aquí a las ocho, desde mañana, y usted, Mariano Silva (el secretario) y yo los resolveremos sobre la marcha”. Al día siguiente estaba yo sentado ante la mesa de trabajo de Vasconcelos, a su izquierda, y a la derecha Mariano Silva. Y a resolver: quejas de que las instalaciones sanitarias de la Escuela de Derecho estaban en una condición imposible. Como usuario cotidiano de ellas, pude informar de su estado, que calificué de vergonzoso. A las veinticuatro horas estaban los plomeros trabajando para sustituir toda la tubería.

De hecho, ya había conocido o, más bien, visto a Antonio Caso, y eso en circunstancias que revelaron la función importantísima que desempeñó en este periodo de 1911 a 1920, en que la Revolución destruyó el clima cultural que se había ido creando lenta, penosamente, durante los últimos veinte años del porfiriato, sin que pudiera recrearlo desde luego. Los miembros más

destacados de El Ateneo de la Juventud, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, habían abandonado la capital para unirse a la Revolución o radicarse en el extranjero y aguardar allí mejores tiempos. No permanecieron sino las figuras secundarias y pasivas (digamos Alejandro Quijano o Genaro Fernández McGregor), incapaces, por lo tanto, de acaudillar un movimiento cualquiera. La excepción fue Antonio Caso, que por convicción y necesidad se empeñó en seguir dando clases y estimular a los jóvenes universitarios a no abandonar el estudio y la reflexión. Pero no sólo eso, sino que insistió en llevar su misión de enseñante fuera de los muros universitarios, como ocurrió con su celebrado curso sobre las grandes figuras del cristianismo, que ofreció en la Universidad Popular de la Plaza del Carmen durante las vacaciones del año escolar de 1915. A ella llegábamos partiendo de la Escuela Nacional Preparatoria, y como solía faltar la luz eléctrica, nos alumbrábamos con velas de estearina, cuya débil flama protegíamos con la palma de la mano. El aspecto del salón resultaba tétrico, pues con el propósito de ahorrar velas sólo quedaban encendidas dos, pegadas sobre la mesa a uno y otro lado del conferenciante. No veíamos, pues, sino el rostro de Caso, y eso como si estuviera labrado a hachazos, tan brutal así resultaba el contraste de la luz y la sombra, y veíamos también, sólo que fugazmente, una mano si llegaba a atravesar la reverberación de la vela. Miré y escuché a Antonio Caso mil veces más dando sus clases en condiciones enteramente normales, y por eso puedo estar seguro de que aquellas de la Universidad Popular no desmerecieron de ninguna otra. Igual calor en la exposición, idénticas muecas dramáticas, el mismo retroerse para anudar algún cabo de la explicación que andaba suelto por allí.

Para nosotros, los muchachos de entonces, que vivíamos en el desconcierto provocado por la barbarie que inevitablemente desató la Revolución, aquellas conferencias, a más de mantener en nosotros una noción de la existencia y del valor de la cultura, nos despertó la esperanza de que aquella barbarie pronto daría

lugar a un pujante renacimiento cultural. La gente joven de hoy (hablo de quienes nacieron después de 1920) no tiene la menor idea de las duras realidades que trajo consigo la Revolución, y por eso hablan de ella retóricamente. Pero no puede haber duda de que durante sus diez primeros años, dedicados a pulverizar el antiguo régimen porfiriano, provocó un enorme vacío cultural. Por ejemplo, cuando en 1921 José Vasconcelos recreó la Orquesta Sinfónica Nacional, su director, Julián Carrillo, la presentó con el ambicioso programa de las nueve sinfonías de Beethoven, que se habían tocado por la primera y última vez durante las fiestas del Centenario de 1910, bajo la batuta de Carlos Meneses. De allí que, no yo, que entonces moraba en el desierto cultural de Toluca, sino todo el mundo, ignoraba lo que era la música, de modo que Antonio Caso, que aún en esto mantuvo la tea de la cultura, tuvo que explicar antes de abrirse el ciclo en el teatro Principal qué era una sinfonía. De hecho, algunos de los Sabios (al fin discípulos cercanos de Caso) habían organizado desde 1916 la Sociedad de Conferencias y Conciertos, cuyas actividades se iniciaron en el hoy Anfiteatro Bolívar con tres conciertos dedicados a las diez sonatas para violín y piano del mismo Beethoven. Yo me hice socio, pero no fui de los directivos; me limité a gozar del fruto de sus afanes, y eso en la medida de lo posible. Aquellos tres conciertos, por ejemplo, no resultaron precisamente ejemplares. Alba Herrera y Ogazón, la pianista, a más de fea y desaliñada, ostentaba unas manazas que creaban el temor de que no pudiera tocar separadamente cada una de las teclas que marcaba la partitura, sino todas al mismo tiempo. En cambio, Julián Carrillo, el violinista, nos cautivó en el primer momento. Vimos en él un ejemplo del modesto indito que se había levantado a pulso hasta poder lidiar mano a mano con aquel descomunal genio alemán; luego la pulcritud de su vetusto levitón, y el echarse al hombro el violín y enarbolar el arco con marcial decisión. Por desgracia, los resultados no correspondieron a tan vistosos preparativos: el arco se daba unas patinadas sobre las cuerdas con el resultado de pro-

ducirse unas desafinaciones, que daban una idea muy imprecisa de lo que Beethoven se había propuesto expresar.

Ninguno de los Sabios me presentó propiamente con Antonio Caso. Lo vi, según dije, en sus cursos de la Universidad Popular; pero como pronto me absorbieron mis tragedias de la Escuela de Ingeniería, lo perdí de vista por algo más de un año. Al entrar a derecho, tomé su curso de sociología, que se daba a los estudiantes del primero. Por supuesto que lo seguí con gran atención, leí y releí (en francés) el Cornejo, que servía un poco de libro de texto, y comencé a plantearle dudas al terminar la clase. Tuve la impresión de que Caso apreció mi interés en su curso, mayor que el de mis condiscípulos, pues aparte de que los más eran estudiantes mediocres, los que comenzaban a destacar tenían puesta su mira extraescolar en otros campos. Por ejemplo, Jaime Torres Bodet en las letras, Enrique Asúnsolo en la música y Anselmo Mena en el derecho. En todo caso, los Sabios, que habían pasado por ese curso de sociología cinco años antes, no lo comentaban ya; en cambio, se hacían lenguas de los de filosofía, que Caso daba en la Escuela de Altos Estudios. No vacilé en seguirlos, desde luego porque, dándose en la noche, no había conflicto con mi horario diurno en derecho. Por la primera vez sentí el deslumbramiento de un gran maestro. Estaba el salón de clases, el mayor de Altos Estudios, repleto siempre, con gente de pie en los pasillos y algunos colgados de las ventanas del fondo. Después, el auditorio, no de imberbes despistados o simplemente curiosos, sino de alguna gente mayor, pero, sobre todo, de estudiantes maduros por su edad, sus estudios y en particular por una viva curiosidad intelectual que los llevaba a estar pendientes de la explicación sin parpadear siquiera, o, como Palma Guillén, ya profesora normalista, que con una letra menuda y apresurada tomaba verdaderas versiones taquigráficas de las lecciones. Y estaba en el Centro Antonio Caso en su plenitud: expositor brillantísimo, orador consumado, era, al mismo tiempo, un gran actor, como todo verdadero maestro lo es. Y también como todo

maestro excepcional, despertaba en uno el apetito de la lectura y el hábito de reflexionar.

Como solía combinar un curso general de historia de las ideas o doctrinas filosóficas con otro que hoy se llamaría monográfico, entonces, no pude ser más afortunado: el curso general me permitió tener un buen panorama de esas doctrinas, es decir, situarme en el universo filosófico, y el segundo, que se repitió al año siguiente, versó sobre ética. Vicente Lombardo Toledano, que había pasado ya por esos cursos, comenzó a profesar el de ética en la Escuela Nacional Preparatoria, y cuando solicitó una licencia para ocuparse de otros menesteres, fui nombrado para sustituirlo. Así entré de profesor en la Universidad Nacional de México a la edad hoy increíble de diecinueve años.

No era yo el único que andaba llenando los boquetes que había abierto la Revolución en el cuadro de los profesores universitarios: en parte, porque algunos de éstos se ligaron de un modo o de otro con los regímenes caídos de Díaz o de Huerta, y en otra porque la población escolar creció enormemente de la noche a la mañana, ya que la Revolución empujó a la capital de la República a millares y millares de familias que huían de la inseguridad reinante en las poblaciones de menor cuantía. Samuel Ramos, por ejemplo. Samuel se descolgó de Morelia para estudiar en México, y como vivía en una gran pobreza, gestionó una beca oficial que le permitiera hacerse médico militar gratuitamente. Pero no pasó mucho tiempo sin descubrir que le atraía más la filosofía. Desde luego, se hizo discípulo de Caso, y por eso lo conocí. Para que diera un paso más en su nueva carrera académica, lo invité, junto con Palma Guillén, a integrar el jurado que debía examinar de ética a los preparatorianos de escuelas particulares, todas ellas católicas. Llegaban bien aleccionados en moral cristiana, pero no en lo que nosotros llamábamos ética. Con Palma todo caminó bien, pues por su formación y su experiencia normalista estaba acostumbrada a juzgar benévolamente al estudiante atolondrado. No así Samuel, que sin esa experiencia y deseoso de exhibir su dominio de la materia los agarraba

como perro de presa para no soltarlos. Palma y yo le llamamos la atención, y convinimos en que le daríamos un discreto pisotón cuando juzgáramos que iba a excederse.

Mi siguiente aventura académica fue de mayor alcance. Como Antonio Caso se consideraba viejo amigo y compañero del rector Vasconcelos, se resolvió a plantearle un problema que hasta entonces se había guardado. El curso de sociología en la Escuela de derecho lo había compartido tradicionalmente con Carlos Pereyra; pero como éste sirvió a Huerta, al triunfar el constitucionalismo resolvió radicarse en España, donde vivió los veintiocho años que le quedaban. Entonces, toda la carga del grupo recayó en Caso, y la había soportado durante cinco años. Claro que Vasconcelos no puso reparo a nombrar un nuevo profesor, pero le dejó a Caso proponerle candidatos. Y desde luego Caso lo buscó entre sus antiguos discípulos, ya graduados. Debí hacer un sondeo, del que yo no me enteré, y como no tuviera una reacción definida, le pidió a Vasconcelos que los convocara a una reunión amistosa, a la que fui invitado. Vasconcelos expuso el problema y añadió que no podía pensarse en gente vieja ajena a una disciplina que, por lo demás, no atraía mucha atención; entonces, el candidato debía salir de los jóvenes que en derecho habían pasado ya por el curso de sociología. Gómez Morín, Lombardo Toledano, y quizá alguno otro, guardaron silencio, y a la vista de ese pobre resultado, me atreví a decir que no me proponía a mí mismo por ser demasiado joven, pues resultaría que un estudiante del segundo año sería profesor de los de primero. Caso trató de acallar mis temores arguyendo que el estudiante no respetaba la edad, sino la devoción del profesor a su trabajo. Además, yo figuraría por de pronto como profesor ayudante suyo, a reserva de que más tarde se me diera la titularidad del puesto.

Le traspasé mi clase de ética a Samuel Ramos, dejé de ir a los cursos de filosofía, descuidé los míos de derecho y me concentré en leer con verdadera furia todos los libros citados en el Cornejo. Y para ganarme el respeto de mis alumnos, los obligué

a leer los distintos capítulos de esos libros, pero mis explicaciones no versaban sobre ellos, sino que las armaba con las fuentes del Cornejo. Pero quizá una circunstancia fortuita me ganó más el respeto de mis discípulos. El examen de sociología era del primero de cuantos se hacían en los cinco años de la carrera, de modo que concurrían a presenciarlo alumnos de todos los años, pues existía la conseja de que así “tomaban la temperatura del año”, o sea, el grado de rigor que encontrarían en el examen de todas las asignaturas que llevaban. Además, cada examen consumía una buena hora, de modo que el estudiante sabía que no podía confiar en el éxito al azar de extraer del ánfora una ficha favorable, pues los paseábamos por todos los temas principales del curso. Y se daban cuenta también de que tratábamos de ayudarlos a contestar acertadamente las preguntas; pero si a pesar de ello no salían adelante, el hacha de la reprobada caía sobre ellos como una dura y mecánica guillotina. En los interrogatorios de Caso, sin embargo, había una peculiaridad que los examinados no sospechaban siquiera. Los tenía divididos en dos grupos tajantemente distintos: los “mochos” y los “liberales”; a los primeros los hacía tontos, pero estudiosos, y a los segundos, inteligentes y holgazanes. Entonces, muchas de sus preguntas se enderezaban a convencer al mocho de que debía dedicar a ser inteligente parte del tiempo que consagraba a estudiar mecánicamente, y al liberal, que la pereza podía empañar el talento hasta quitarle todo el brillo, y, por lo tanto, cualquier utilidad. Y me divertían ciertas ocurrencias súbitas de mi maestro. Convinimos desde el comienzo en que él tomaría a su cargo los estudiantes cuyos apellidos cayeran entre las letras A y L, y yo, los de la M a la Z, y que al año siguiente invertiríamos el orden. Pero siendo ya rector, y a la víspera de iniciar el curso, me invitó a verlo con urgencia, todo para pedirme que en ese año siguiera yo atendiendo a los estudiantes de la segunda parte del alfabeto, y él repetiría los de las letras A a L. Como no me explicó la petición y me pareció, además, un tanto pueril, le pregunté si había advertido algún signo ominoso en las letras que debían tocarle. Y todavía agitado, me contestó:

“¡Ninguno, pero no quiero tener de discípulo a Manuel Palavicini!” Entendí que no era por el muchacho, a quien no conocía, sino por el padre Fulgencio, que por algún motivo le retiró las colaboraciones a *El Universal*, que antes le había rogado escribir.

Dí ese curso de sociología durante cuatro años continuos sin que hubiera ningún incidente que denotara desconsideración de mis alumnos, y eso que entre los primeros que tuve hubo gente tan “salidora”, según se decía entonces, como Ramón Beteta, que ya se movía con una completa seguridad en sí mismo. Pero en 1925 llegó a la dirección de la Escuela de Derecho Manuel Gómez Morín, y me pidió con muy buen sentido que cambiara yo el curso de sociología teórica, llamémosla así, por una sociología aplicada a los problemas de México. De allí salió el curso que disparatadamente llamé “Sociología mexicana”, y del cual se publicó la versión taquigráfica de algunas lecciones. Sin que yo lo advirtiera entonces, a ese curso asistieron unos jóvenes que con los años serían grandes figuras: Miguel Alemán, Antonio Carrillo Flores, Andrés Serra Rojas, etcétera. En todo caso, no lo concluí, pues a fin de ese año me trasladé a Cambridge para iniciar en la Universidad de Harvard mis estudios de economía; pero me he adelantado demasiado, de modo que ahora debo retroceder.